

Poesis

Y OTROS RELATOS



MERCIS MARTÍNEZ

FOTOGRAFÍAS DE GUSTAVO GONZÁLEZ



Poiesis y otros relatos

MERCIS MARTÍNEZ ©

FOTOGRAFÍAS

GUSTAVO GONZÁLEZ ©

Editor

Andrés Pascuas Cano

Prólogo

Dinapiera Di Donato

Cuidado de textos

Andrea Vergara G.

Colección Indicios

1ra. edición digital: febrero 2020

www.nueveeditores.com

LICENCIA CREATIVE COMMONS



Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de las titulares del *copyright*.

Poiesis
y otros relatos

MERCIS MARTÍNEZ

FOTOGRAFÍAS
GUSTAVO GONZÁLEZ



*A quien eligió ser murmullo
sobre las aguas del río,
Luis Sánchez*

PARA COMENZAR A ESCRIBIR OTRO

Dinapiera Di Donato

Y como te envuelves de esa bruma oscura ella no alcanza a leerte. Estás yéndote sabiendo que se acerca la última esquina a doblar. Y no pretendes que sea otro más de los relatos breves sobre la muerte, es que la muerte te ha sabido siempre a brevedad.

Mercis Martínez

LA MULTITUD LLAMADA ESCRITOR

En **Poiesis y otros relatos** atrapa el hilo suspensivo del arte de escribir siguiendo el orden banal de los rastros de su materialidad y los del imaginario de los textos mismos que lo generan y sostienen.

Se elige el término griego en el título para enfatizar la pulsión erótica que subyace tanto en el acto de escritura como en el de contar que conecta la memoria de vida breve

de la experiencia temporal recomenzada con cada lector-escritor citado en la escritura: *El escribir me viene de manera súbita como se arremete desde la mitad de la cancha de un estadio de fútbol. Mi clímax es urgente e inminente.*

El creador literario pierde y recupera su vigor en la combustión de los cuerpos verbales que se construyen a través de él. La ciudad se habla y se lee. El letrado atiende todos los registros. Rememora modelos de la tradición literaria y de la dialógica socrática que perviven en su apetencia del otro para generar un cuerpo nuevo de escritura.

El deseo de lenguaje producido con el roce crea sentido y da lugar a la morada donde la forma de conocimiento prolifera, como explica Diótima en **El Banquete** de Platón: *Tú sabes que la idea de “creación” (poiésis) es algo múltiple, pues en realidad toda causa que haga pasar cualquier cosa del no ser al ser es creación.*

La voz reflexiva que atraviesa todo el libro, en *Poiesis* recupera las preguntas sobre la naturaleza dúctil de su materia: *¿Y dónde está lo blando? o ¿dónde el magma? ¿Cuál es el punto por el que bulle más la sangre? De botas sin cordones o del papagayo remontando el crepúsculo...*

Corredor de fuga del yo, la escritura donde empieza y termina un escritor que se lee al interior de una subjetividad en movimiento conduce a un cambio de actitud ante la ficción y a nuevas ficciones: [...] *también del tacto engreído cuando*

quedó ciego el ojo, de los labios huidizos de algún labial empedernido o bien del libro apolillado que ya nadie lee. Nos mantiene despiertos y simultáneamente distrae. Permite la distancia, aunque nos mezcla a los otros que se hacen y descomponen en una sucesión de cúmulos de voces que modelan una escucha más atenta en tiempos de crisis sin sentido. [...] Cuando se logra ver el punto preciso donde copulan y aniquilan un protón y su antitésis, es cuando intuyo entonces qué es poesía.

Se desea el arquetipo fecundo de la poesía y la muerte de una identidad anterior. El doble ideal de personaje-escritor es el creador literario acompañado del poeta que no cede a las distorsiones. La intuición poética roza las raíces de las cosas y arrasa al escritor-narrador.

De la mano de escritores poetas que enseñan a releer, de la lección de los griegos y de Roland Barthes: *la literatura es como el fósforo: brilla más en el instante que intenta morir*, el creador elabora su hipertexto con Rimbaud, Pizarnik, Cortázar o Melville quienes supieron hablar de la tensión que subyace en el gesto de escribir cumpliendo sus muertes. Todos recogen la tensión que conlleva el acto de abandono en la poesía.

El fragmento *I* inicia el libro con una voz: *fogonazo de tres líneas; un frustrado coitus interruptus*. La muela del literato asimila la materia oscura de la imaginación con su fluido imparable a través de los narradores. Poliniza, lleva los deseos y pensamientos y fecunda la tensión física equiparable a la

del simbolismo sexual: *El momento en el que empieza a dolerme la sintaxis y a estorbarme el referente. ¿Mi brevedad? La mueca torcida del literato y la sonrisa perfecta en los labios de un colibrí.*

El ave seductora se comporta diferente, entra en estado de torpor, rema en el aire, impregna información como símbolo del misterio y la eficacia del acto de escritura. Aparenta quietud unida a las flores porque en su vuelo, único en su especie, las alas excepcionales rotan en todas las direcciones con giros que aceleran y desaceleran de forma tal que el observador no percibe los detalles del movimiento. El colibrí de la cosmogonía pre-hispánica es a veces un conductor sabio que guía entre mundos, otras es ladrón del fuego en el Orinoco que reparte para que a nadie le falte energía. Los contrastes entre la sonrisa y la mueca, la evocación del poder de transmisión y el quehacer físico del literato ensayando una contorsión agónica para recuperar un habla común se equipara al último suspiro de la muerte, condición para el cambio.

El escritor fracasa o logra la recuperación de la dirección de la vida que tiende al equilibrio, a la normalización del trabajo, a la memoria no falseada y al autoconocimiento que ofrece una visión poética integradora que compensa el desgaste de la existencia horadada.

EL ARQUETIPO DE POETAS LECTORES

Un poeta confiable va oyendo con los narradores, diluido en las voces y en el espacio de la textualidad de la escritura, más lejos y más cerca de las formas poéticas diseminadas a lo largo del libro. Su visión sostiene al sujeto relegado, sujetado, solo, sin destinatario que solamente la escritura puede re-direccionar. Escrituras donde se corrija el desastre de las gerencias cónicas de la crisis, liberándose del receptáculo de los lugares comunes.

De ojos grandes. Los poetas son descritos así para informar al lector de la esperanza y las necesidades de cambios de visión. No hay espacio para aquellos que no distinguen entre las apariencias y el amor estéril a lo bello, para los que no ven la vida buena que genera belleza y aumentan la confusión.

No basta con hacer reportes ni imitaciones de estados emocionales, de manías negativas y excesos de irracionalidad. Las muecas pueden ser máscaras. Las sonrisas, calcos. Los

daños íntimos y los de la ciudad terminan ignorados. Se impone volver a confiar en la intuición poética que atraviesa emociones y noticias y amplía enunciados de realidad en otro lugar, el del texto para vivir, completar o cambiar lo vivido.

En el contexto histórico en el que Mercis Martínez produce su texto, Rafael Cadenas recuerda la función rectificadora de la poesía:

La poesía es todopoderosa e insignificante. Insignificante porque su influencia en el mundo es mínima. Poderosa por su relación con el lenguaje. La política vacía de sentido las palabras —democracia, justicia, libertad—, los poetas llaman la atención sobre ese vacío. Las palabras pierden su valor si no se corresponden con la cosa que designan. No es nada nuevo. Confucio lo llamaba ‘rectificación de los nombres’ y eso es un poeta: alguien que rectifica.¹

La disonancia, esa extrañeza constitutiva del yo-escritor le permite penetrar por las fisuras de personajes y narradores interpelados desde una conciencia narradora que detiene y precipita el trayecto, ofreciendo otras versiones de una vida y un final. Introduce así la idea de

1 Javier Rodríguez Marcos, “Rafael Cadenas: La poesía es poderosa e insignificante”, *El País*, 17 de octubre de 2014, <https://elpais.com/cultura/2014/10/17/actualidad>

regeneración que en **Poiesis y otros relatos** conlleva el acto de recordar y vivir reescribiendo. Se trata de reducir las palabras hasta su propio mundo para recuperar lo perdido.

En el texto de Martínez, el escritor abandonado en una escena-umbral, no sabe si logrará escribirlo o contarle todo. Compasión y alteridad mueven los hilos creativos que necesitan espacio donde releerse y redescubrirse. El apetito de una sociedad que requiere justicia, moderación y coraje, irrumpe con urgencia. No es menor su deseo de recordarlo pese a la vacilación del sinsentido de su oficio.

La ocupación de escritor amenazado de insignificancia en momentos de crisis está en juego y con ello peligra su vida. El instinto de supervivencia podría disolverse si merma su instinto creativo.

En este libro subyace una amenaza de desalojo y desaparición de verdad que la literatura mantiene a raya. Las voces no están quietas, van y vienen como estrategia para reconectarse con la materialidad inaprensible del presente. Se impone encajar la violencia cotidiana y avanzar a otra escena. Se requiere suplantar subjetividad (narrador-lector-personaje) que no encubra ni vacile como en la vida pública. Es necesario dar su palabra, pero siempre entregado a la escritura. Es imprescindible serenarse para actuar con la palabra para que no sea desahogo.

El juego de la reinención predomina para tomar distancia. A veces usa la cita directa como en el relato de un cachalote arrastrado por los estados alterados del Delta que desata los fantasmas del narrador que relee **Moby Dick**. Se imagina salvándolo del hambre y de la rabia mezclada de los lugareños, pescadores y mineros que no reciben sus salarios, ni consiguen atención ciudadana: *Esta vez la especie animal parecía salir de la novela de Herman Melville.*

Nada es lo que parece. Al final el narrador de *En una alborada, un cachalote*, Ismael, sureño que anda de paso, es, quizás, el doble de otro Ishmael sobreviviente a su vez de otro libro. Es probable que los lugareños devuelvan el cachalote o lo devoren vivo y que el Ismael-lector que recaló en esos parajes solamente haya encontrado imágenes de sus libros favoritos que lo ayudan a descifrar los acontecimientos. *Ismael sentía que se le estaba yendo la historia, la ballena comenzaba a azularse. Cerró el libro decepcionado. ¿Morirá? Le preguntó uno de los niños del pueblo.*

Los quejidos de miedo y de dolor mientras lo torturan o intentan salvarlo suplantán momentáneamente los alaridos de la protesta civil, absorben la compasión del niño que se queda con el trofeo de un enorme colmillo cuando el cachalote desaparece y se suspende la amenaza de estallido social. No sabremos si lo tasajearon para sacarle los peces del vientre, o si las aguas del Delta lo devolvieron al mar, si reapareció, desde el siglo XIX, aquel ballenero legendario

buscando su presa: *También en un mar lejano habita un fantasma ballenero en la caza eterna del monstruo blanco que había arrancado su pierna.*

Narrar o escribir en un marco de la vida civil perturbada produce estos cruces de referencias delirantes en un estado especialmente alerta que ayuda reordenar la vida trastocada.

Cuando el instinto lúdico es desplazado no ocupa los espacios convencionales que en tiempos de normalidad son expansivos y reglamentados. Degenera el instinto agonal y tanto personajes como narradores deambulan peligrosamente entre pedazos deshechos que vuelven a unir a través de la re-imaginación de los fundamentos de una vida sustentada en mitos y tradiciones que dieron sentido a relatos y creencias socio-culturales. Ahora, cuando la práctica literaria está devaluada porque las instituciones se tambalean, el recurso de la escritura sirve para revivir una imagen potenciadora y, con ello, el alma del lugar que cambia.

La crueldad no censurada ni atajada crea un rumor de tragedia de fondo, generado por la incertidumbre que niega proyectos y futuro aumentando la ansiedad del que escribe. Los personajes ocupados de los libros parecen dejados a su suerte. Podría no haber libro, ni investigación,

ni librerías, ni bibliotecas, ni lectores para ellos. La vida con sus libros va a la deriva. Se va reduciendo a un fantasma de literato que tal vez no pueda escribir. Robados, mimetizados, apartados de las gestiones, interrumpidos, podrían desaparecer. O no, porque el impulso erótico vital rehace una y otra vez la narración de un lugar para reencontrar la mirada que reconecte el pasado con el porvenir y sana el presente sobresaturado de estallidos psicóticos, dentro de la narración. Puede y no puede que se sigan haciendo libros, pero sí continuarán escribiéndose pese a decretos o expulsiones de los proyectos del campo cultural en guerra.

Por eso leemos las dificultades propias de las profesiones del libro en **Poiesis y otros relatos**. El personaje debe *responder cartas, sacar copias y volver a hacer las cartas que perdían en la oficina de atención al escritor*, pero sabe que la continuidad del relato de lo vivido depende de no olvidar y contarlo en todas las versiones: *nos antecedió el manto y nos proseguía el infinito*.

A comienzos del siglo XXI, Enrique Vila-Matas publicó un libro que recogía los momentos “Bartlebyanos” de escritores que se apagan y desaparecen cuando no están escribiendo. Acuña el término referido a un viejo fantasma literario de mediados del XIX. Se trata del escribiente que renuncia a seguir su tarea en la oficina de cartas muertas nunca reclamadas. Lo toma del cuento *Bartleby, el escribiente* de Herman Melville. Puede leerse como el

desalojo de un letrado de la comunidad literaria cuando entra en decadencia, cuando las instituciones languidecen burocráticamente o cuando se aniquilan. No se trata de la agrafía misteriosa de Sócrates, el filósofo que no escribió, ni de la disidencia o la capitulación con lo que explican algunos escritores sus períodos de silencio que en algunos ha sido definitivo. Se trata de la muerte del escritor repetida cada vez que no escribe.

Por eso, en **Poiesis y otros relatos** la escritura pone a raya el fantasma de la impotencia o la castración de un autor: Arthur Rimbaud paralizado, el diabético de otro de sus relatos, el sobreviviente narrador de **Moby Dick** que recalca en un pueblo decadente, todos presentan el padecimiento de la pierna amputada o putrefacta. Detenidos en el dolor. Pero la renuncia a escribir solamente es posible cuando el libro termina.

Para comenzar a escribir otro.



I

El escribir me viene de manera súbita como se arremete desde la mitad de la cancha de un estadio de fútbol. Mi clímax es urgente e inminente; fogonazo de tres líneas; un frustrado *coitus interruptus*. El momento en el que empieza a dolerme la sintaxis y a estorbarme el referente. ¿Mi brevedad? La mueca torcida del literato y la sonrisa perfecta en los labios de un colibrí.

LA ESPERA DEL MANTO

Nada me antecede y nada me prosigue. Y otra vez el rosario entre labios. Así hablaba la viuda a quien también podíamos restarle su único hijo muerto hace un año. Era una película en sus ojos, el accidente. El joven trabajaba bajo el viejo camión. Qué tanto arreglaba, ¿unas tuercas, una rolinera? El tanque de la gasolina que g o t e a b a y él no se percataba. La vieja solo recuerda el estallido y las astillas de vidrio en su rostro. Al despertar en el hospital desquició, durmió otra vez, esta vez sedada.

No era de mi gusto pasar frente a su casa. Esa frase al inicio de este relato parecía escupirla a mis pies mientras tejía y tejía ese manto de color negro, sentada en pleno porche, misma posición cuando el auto estalló. Acaso estaría momificada. ¿Que hay conciencia del narrador acá? Sí, la hay. Y en cada línea constato lo

mal narrador que soy, arrugar la página es insuficiente, porque además tecleo sobre un computador.

Nada me antecede y nada me prosigue. Hace mucho tiempo ya que la vieja perdió a sus padres, al menos que vivieran aún con ciento cincuenta años auestas. Su hijo desde hacía un año, en trocitos, desperdigado a lo ancho y largo de dos largas cuadas. Nada le anteceda y nada le proseguía.

He bajado de peso. Al caminar siento ligereza en mis pasos. Debo ir a la Facultad de tarde. La beca de trabajo la hacía en la mañana y era cuestión de responder cartas, sacar copias y volver a hacer las cartas que perdían en la oficina de atención al escritor. Era Sísifo remontado la roca burocrática. Ya decía Pavese a su casa editora en Turín: *Caramba ya mucho tenemos con las cartas que hacemos en la oficina, o ¿es que venimos a editar literatura de oficina?* El editor me saludó en ráfaga: estás bastante delgado, ¿te sucede algo? Sí, me sucede que no resisto la pila de cartas en respuestas a pilas de basura literaria que aprueban cada tanto acá. Pero no, mi delgadez se debe a que ha disminuido mi apetito desde hace un año. Debes comprar un multivitamínico o desaparecerás. Y luego fue él quien desapareció en el ascensor.

Hoy en la mañana he visto un rasgo familiar en el rostro de la anciana. ¿A quién me recordaba? Podría

vestir la autopista del sur con ese manto. Regresé a casa temprano, quería seguir escribiendo esto que, de paso, no tenía idea de cómo debía culminar. Pero ella me detuvo el trote con la frase de que nada me antecede y nada me prosigue. Me miró y en su mirada una angustia terrible, más algunas lágrimas. Decidí cruzar el porche. Pregunté si le sucedía algo. No dejaba de mirarme. Enredó su pierna izquierda entre el manto negro o era él mismo que la engullía. Casi cae pero la sostuve. Su mano en el pecho sostenía el corazón punzante. Grité que me ayudaran, nadie parecía oírme. Un vecino de años había tenido líos con la vieja hace algunos meses. ¡Coñísimo de...! la vieja está muriendo. No hizo caso, siguió. La miré inquietante, ¡respire!, ¡respire! Ella abría los ojos con seria dificultad, sonrió. Estaba delirando mientras susurraba tener mucho frío. La arropé con el manto y la cargué. Ya no quise resistirme, vine por la anciana. La gente no se percataba de nosotros. Mi abuela en mis brazos enlutando toda la calle, nos antecedió el manto y nos proseguía el infinito. Nada más.



II

El relámpago en el horizonte, el olor a hierba, la mano tendida, los ojos de largas pestañas, la risa contenida, la lengua del dragón en la herida del conejo, el lacio y el rizo, el aleteo como al vuelo, en Paris como Aquiles, el aliento cuando insiste la agonía, el retorno como a la ida.

DE CÓMO SE ALIMENTABA UN GALGO ESPAÑOL EN EL S. XV

Ciertamente la palabra en esos días era el arma que rasgaba, más que los colmillos de todos los perros salvajes que, para controlar salvajes, trajimos desde el otro lado del Atlántico. Las pisadas rebotaban de los árboles de más de tres metros de alto en aquella ruda selva. En cambio las pisadas de ellos, los de piel cobriza que se mimetizan entre los árboles de cauchos y morichales, eran pisadas sigilosas que acariciaban el suelo. El padre que acompañaba la expedición no perdía la oportunidad de apuñalar con prédicas las fugas de libertad en las almas de los indios que nos guiaban. Con el *verbo civilizado* pretendíamos domesticar a los que creíamos, eran unas bestias. La palabra enunciada era una antorcha que proveía de luz nuestros decaídos espíritus, el verbo era la única razón en aquella vorágine selva; significaba sí, orden y a la vez dominación.

La fragata partió río abajo en busca de alimentos. La alcanzaríamos a través de la ribera, o eso creímos. Cuando descuartizábamos con los dientes el muslo cocido de uno de los perros, nos dimos cuenta de que aquella selva sería nuestra tumba. Lo fue para un tercio de la expedición. Perros, indios y soldados a estas horas deben estar amortajados por la hiedra que se da en estas tierras. ¡Acá, hijo de la puta madre que os parió! Aquel grito hizo que muchos de nosotros tomáramos los arcabuces, el corazón sobresaltado y el pulso a nivel. El capitán de la expedición, gordete, torpe y muy airado, perseguía a uno de los de piel de cobre, quien corría como gacela, haciéndole dar vueltas en círculos. Las carcajadas hicieron la carga liviana. Sin embargo, en medio de las risas sabíamos, al igual que el indio, que en el momento que el capitán se cansara de la caza del ratón, la sangre y la vida de ese hombre destilarían en un mismo hilo a la nada.

III

Era de tarde y el puñal penetraba. Le sentía hundirse cada vez más. La calle oscura, o era la vida que se me escapaba.



EL RECREO

Si hoy me peinara de esta forma lograría que me mirara. Hoy en mi lonchera llevo solamente un jugo y quiero dárselo. Al menos estaré cerquita, otra vez. Su cabello olía a leche condensada y era negro, negro. Me hacía cosquillas en la nariz, ella no se daba cuenta. Estaba distraída tomando el jugo. Estábamos sentados, era pleno recreo y todos corrían hacia todos lados. Jugaban gomita pero yo no iría esta vez. Aún le faltaba medio jugo. Cuando estaba sentada no se notaba la diferencia, pero cuando caminaba su cojera la percibía hasta el tuerto del bedel. Otra vez ese olor a leche condensada. Me había contado que venían de Ocumare de la Costa. Su papá dijo que no había bebido, pero entonces cómo no ver el camión de cerveza que venía de frente. De ese accidente solo su pierna y una cicatriz en la quijada. Y comenzaban a joder los chamos otra vez. No estaba

enamorado, pero tampoco quería jugar gomita. O es que hay que tener más de nueve años para entender esa pendejada. Cuando me pongo molesto digo groserías, pero el olor a leche condensada no dejaba irme a agarrar a pelear. Sí, era bonita. Muy bonita, su pelo era negro, negro. Todo el cuarto grado me la había pasado junto a ella todos los recreos. Le regalaba uno de mis *Yukipak*, mi mamá metía siempre dos por si le faltaba a alguien y a ella, siempre le faltaba. Como le faltaba un par de zapatos. El pie que no cojeaba lo tenía gastado. Qué digo, el zapato. Siempre le digo pie a los zapatos y ojos a los focos de los carros. Nada más por eso me llevaron al psicólogo. Temían fuera un retrasado. La doctora me regaló una chupeta y me dio un beso en la mejilla, luego de decirle a mamá que tenía un CI/100. La alegría de mamá me hizo cederle la chupeta. El *Yukipak* tarda tan solo diez minutos mientras ella me revela cómo es que viven en el escalón cuatrocientos treinta y dos de El Cementerio. Se baja rapidito cuando los tiros vienen desde arriba. Pero subirlos cargando tobos llenos de agua es más complicado. Imagino. Qué tanto puede cargar esta firifiri, que se la lleva un estornudo. Mi peinado le gustará. No me gustó que riera con la gelatina que mi mamá había echado en mi cabello la semana pasada. Solo traigo un *Yukipak*, pero esta vez traje dos pitillos. Coeficiente sobre cien. Ella no había hecho la fila esta mañana antes de cantar el himno.

Era raro no verla. El tiro bajó desde diez escalones más arriba, se encajó en su espalda. Nos hicieron bajar a todos al patio y el minuto de silencio que pedían, se hizo larguísimo en mi pecho. Aún no deja espacio para algún ruido que no sea el sonido que hacía al sorber del pitillo el jugo de mi *Yukipak*.



IV

Su trastorno bipolar se energetizaba con cada sorbo de aire: inhalar e inhalar. El dejar de escribirme ya no me asombraba, tampoco el dejar de verle. Como un relámpago se iba, como otro más volvía. Él creía que no me percataba; tampoco era que no me importaba pero, ¡ay! de sus besos que cada tanto volatizaban mi lengua, tacto y olfato. Aquella sustancia le encendía cual mecha el cerebro; sus labios, lengua y aliento dionisiaco cada una de mis cavidades. Después, no eran solo los besos. Jadear y jadear cuando aún no soltaba un solo botón de mi camisa, vulneró con sus dedos el cerco de mi entrepierna. Sus dedos entraban y salían cuantas veces él quería y yo, re-quería. No estaba permitido conjugar el verbo amar; no se pronunciaba, por ejemplo, te amo. No valía la pena, en aquel momento se co_ía se c_gía una pierna se cog_a una boca y con ello también se _ogía por entero el corazón. No dejo de reírme. Así jugábamos antes de iniciar nuestra más intensas estadias en la cama, ambos teníamos vergüenza de escribir la palabra coger con todas sus letras, hace cuatro líneas arriba quedó claro que no era un pudor liter_l.

MANTIS RELIGIOSA

—Richard, sabes que si no hubiese olvidado esta tarjeta tú y yo no nos hubiéramos conocido hoy —Él sonríe sarcástico.

Se disponía a montar al taxi y ella, desesperada pero silenciosa, deseaba ya su ida. Distanciada a varios metros de él, esperaba tomar el suyo que la llevaría de regreso a la vida. Al cruzar la isla, él la detiene jalonada por un grito: “devuélvete”. Ella, nerviosa, piensa en cuándo se acabará la agonía. “Se te quedaba esto” dijo él entregándole el recibo del cajero automático.

Sí, automática parece ser la vida. Te dispones a una jornada planificada y un detalle te tuerce el mundo, porque el mundo no es como realmente lo tienes planificado.

Sentados ambos en la zapatería mientras él se probaba cada par. Ensimismada pensaba que quizá saldría un

cuento de ese absurdo día. En el torrente de la lágrima que apenas recorría su mejilla, todo le sabía, le olía, a muerte. Él, que se ha dado cuenta, le pregunta en apariencia dulce: ¿Qué tienes? Ella le contesta: Nada, estoy cansada.

Se disponen a conformar el cheque de un total de tres pares de zapatos y una correa. Ella firma. “Pero sácame los zapatos de las cajas, tanto bulto, ¿para qué?” Le dice el joven a la vendedora. Al salir de la zapatería, antes de tomar los taxis, ella le dice: Richard, me has quitado toda mi quincena. Y él, responde: ¿Qué preferías? Ella pensó: Claro, tus tres pares de zapatos. Sin duda.

Cuál es tu nombre, le preguntó ella en el taxi rumbo la librería, “Richard” respondió él. ¿Sabes de nuestro presidente? Mejor dicho, ¿sabes quién es nuestro presidente? Continuaba ella en una conversación que, pretendía, desviara de una posible escena color roja dentro del taxi. “Sí”, respondió inseguro. Chávez, insistía ella. Está enfermo, tiene cáncer y el cáncer mata, ¿lo sabes? Bueno, sí, es una manera. Chistó él. Es una manera asintió ella detallando las pestañas oscuras del joven, recordando el puñal que él llevaba dentro del morral que media hora antes le pertenecía a ella. Ella viró su mirada a la ventana, ensimismada.

¿Qué tienes en ese bolso? Le preguntó él. Ropa, mudas de ropa, un pendrive y acá mi celular, dijo ella

intentando hacer memoria de lo que llevaba de valor. No habló de que su vida en ese momento era el mayor de sus tesoros, así que no lo dispuso en el inventario. “Y en esa tarjeta, no hay plata”. No la hay. ¿Seguro? Seguro. Ya te dije que el dinero está en la tarjeta que dejé olvidada en la librería donde compré ayer esos discos que ves allí, si te parece la buscamos vamos al cajero más cercano a dos cuadras y te doy el dinero y lo que creas que de valor llevo (menos mi vida pensó). O prefieres que te haga un cheque y lo cambias. “Tú crees que yo soy ñero, la gente cree que lo soy. Pero no, chama. Cualquier movimiento que hagas extraño, te va mal”. Y ajustó el largo puñal que lucía ahora entre el cojín del asiento del bus y su pierna izquierda. “No, ñera soy yo. Perdona mi lógica, que es menos precisa que la tuya”.

Las pupilas de ella se dilataron al observar el puñal que el joven a su lado en el bus le mostraba sigilosamente. “Quédate tranquila, no grites, solo quiero que me acompañes a llevar una droga que llevo en este coala hasta la Técnica. Tú tranquila. Yo no te quitaré nada.” El recorrido se hizo largo, ella sabía que al llegar al sitio que él disponía no saldría con vida. En su mente una historia, dentro de esta que relato ahora: otros jóvenes igual que él, pacas de cocaína, camisas desgarradas, fuerza, piernas y vida violentada. Tú tienes el poder en este momento le dijo ella señalando con la mirada

su puñal, te pido confíes en mí también. Con aquella tarjeta y mi cédula que dejé olvidada, te daría alrededor de quinientos bolívares. Solo te pido, por favor, déjame continuar el rumbo de mi vida el día de hoy. Él, con la mirada ida y luego de unos segundos, preguntó: ¿Dónde es que está tu tarjeta?



V

Y al subir en dirección a la casa observé la muerte en la mirada de un motorizado de cabalgar pausado.

LAPSUS

Desde que Andrés inició a escribir, su vida tenía algo más de sentido. En la lucha constante con las palabras, su vida pareció más coherente. Ubicar la palabra y no una palabra. No más, no menos. Pues salió así, extenuado, pudo dar con la historia que hacía ya semanas intentaba escribir.

Le daba igual quedarse o no en la estación que daba hasta su facultad. Ensimismado e introspectivo, miraba a través del cristal. Parecía relajarlo, en una ruta sin destino, mirar a través del *plexiglass* de un colectivo. Se desvió de la ruta que lo llevaría al examen de filosofía. Ayer no imaginaba lo que viviría en ese desvío. Hoy, sabemos, que no lo hubiera vivido en ninguna clase sobre presocráticos. Frente a la lapto, mientras detenía el tecleado, se preguntaba si interesaría a algún ávido lector, la descripción de cómo la agarradera alumínica del asiento de adelante, golpeaba hasta romper su labio inferior. Y gritó la sangre. “¿*Se siente bien?*”, dijo la voz

de quien solo hasta ahora, al escucharla, reconocía provenir de una anciana, sentada a su lado. “Sí, *no fue nada. ¿Y usted?*” Y tomándose la mano, contestó: “*Solo me duele un poco la muñeca*”.

Nada. “No fue nada”. “Solo duele un poco” ¿Por qué se intenta siempre el banalizar los accidentes cuando salimos con vida?”, pensó mirando de reojo, el perfil de la mujer.

Al grano. El causal del accidente es la historia medular. Ciertamente no era fácil reconstruir los hechos, presentaban desesperantes lagunas. Desde donde estaba sentado, afuera y hacia adelante logró observar cómo discutía una pareja. Ella tomaba de la mano a quien parecía ser su hija, de algunos escasos cuatro años. En esta ciudad todo es retro, el autobús es retro, la música del autobús es retro. Espacio y tiempo le parecían estar suspendidos en los años setenta. Su mirada se posicionaba gustosamente, en la valla de la parada de autobuses. Con ese inusual fondo, discutían los jóvenes. Una famosa línea de calzado había ingeniosamente adaptado *El astronauta* de Andy Warhol: “*Caminar nunca había sido tan placentero*”, decía el versionado astronauta. ¡Vaya!, otra admiradora. La niña miraba con atención los colores *Pop Art*. La madre le había soltado instantes, no sin antes cerciorarse de que estuviese verdaderamente entretenida y en un solo sitio, sin mover. *Niño es totalmente opuesto a en un solo sitio y sin mover*. La discusión pasaba del

amarillo al rojo, el camión cisterna se había comido la roja y el colectivo siguió iluso el semáforo en verde. La pequeña se había aburrido de Warhol y desafiando toda ley de física, en fiel acto de *tele-transportación*, pasó de la acera, al medio de la avenida, en cuestión de segundos. Quienes gritaban ahora y al unísono, eran las cornetas. El camión paró de *ipso facto*, poseído por un perverso demiurgo. Imaginó por un segundo cómo alguien trapeaba afanosamente la sangre de las ruedas del autobús. Seguido del camión, el colectivo y tu labio que bullía en sangre.



VI

Y como te envuelves de esa bruma oscura ella no alcanza a leerte. Estás yéndote sabiendo que se acerca la última esquina a doblar. Y no pretendes que sea otro más de los relatos breves sobre la muerte, es que la muerte te ha sabido siempre a brevedad.

LA BÚSQUEDA DEL CUERPO DE PATRICIA SANDER

¿Quieres saber cómo llegué hasta acá? Leyendo. Me habían contratado para leer el diario que desde los once años, escribió esa joven. Las mujeres y esas pavosidades. ¿Misógino? No, adoro a las mujeres desde cualquier punto de vista. Es solo un comentario que tiene que ver más con el ejercicio de la escritura, que con la mujer en cuestión. ¿O te parece poco tener que leer quinientos sesenta y tres cuadernos que enunciaban con lujo de detalles cada día de la vida de una mujer? Es en serio, la mujer se las ingenias, con maestría, para aburrir. Cuando quiere aburrir. Claro, ella no sabía que aburriría tanto su diario. Se suponía que nadie debía leerlo, se suponía que terminaría por quemarlo en algún momento. Se suponía que yo estaría en Punta Cana. Mírame ahora, tras estas rejas. Con tipos como tú y otros tantos como yo.

La búsqueda del cuerpo de Patricia Sander resultó infructuosa, pues... Ven, acércate. No existe cuerpo. Esa joven terminó escapándose con mi carcelero. Podría decir, que desde la primera línea de ese diario, sí, desde los once años, esa joven tenía premeditada toda su jodida vida. ¿Sabes quién está ahora en Punta Cana?



VII

Súbito, incontenible. Abrasa, golpea, penetra, desgarrar, cincela, traza, hierre. Despacio, ya me he desahogado, pero aún gotea, gote, go. Ha sanado. La luz quemó la retina, todo es blanco, todo es más claro, durante ese instante. Y dolió, mientras duró.

EL DIFUNTO NARRADOR

El claveteo del techo: Tac-tac-tac, no la hubiera dejado dormir. Pero tampoco le permitió escribir como rigurosamente venía haciéndolo, todas las noches, hasta hoy. Tac-tac-tac.

—*¡Qué mierdas! Pana no de me dejas dormir. Llevas horas claveteando no sé qué carrizo. Te pido por favor que le pares, al menos en la noche. Continúa lo que quieras que estés haciendo de día. Recuerda que tu piso es mi ya jodido techo*—. Pero María apenas subía las escaleras. Su alter ego lucía arrebatado de furia. La conozco, no se desarmará de esa manera delante del nuevo vecino.

¿Ves? Yo hubiese tocado con más fuerza. No hay nadie, María.

—Hola Mari. *¿Qué haces?* —María acomodó sus lentes con la punta del dedo sobre su nariz. La vecina del veintidós subía exhausta las escaleras, venía cargada

de compras. Pausó las bolsas en el piso—. Ni pensar que me faltan dos pisos. Aún no se mudan los vecinos. Ni se mudarán.

—No puede ser. Estuvieron clavet...

—Imposible. Los vecinos tuvieron un accidente en la autopista. Nunca llegaron a mudarse querida, murieron todos.

No hay nadie María, te lo he dicho. Salí disparado por el parabrisas.

Idéa

La ceniza del grafito ha volado con el viento hasta mis pestañas. Entonces pienso en el origen. Soy la *Idea* que alentó el pálpito e hizo daga el pulso. Sobre la hoja, algunas líneas; el viento y la ceniza de aquel grafito. Soy la Idea en la espera ansiosa por consumirse.



YO-PO

El chamán preparaba el yopo. Pisaba la yerba, lentamente sobre la yopera. A mi lado izquierdo, Abanaimie; a mi lado derecho, el viejo chamán. Sobre la repisa larga sujeta a la pared de barro, sacos de maíz y sobre ellos, mi libro de cuentos de Cortázar.

No lo dispuse así, no era yo quien haría el ritual. Pero Abanaimie me había llamado desde la comunidad de Mapoyos con el fin de acompañarla unos días en un viaje que siempre quise realizar por el Amazonas. Fue veloz. En cuestión de una hora logré el equipaje y en cuestión de otras dos ascendía al bus que me llevaría al pueblo indígena. En cuestión de un párrafo a otro estaré acostada en una hamaca bajo una choza a cientos de kilómetros.

A ver si es verdad —dijo el Chamán—, bebe. Y me alcanzó la corta *tapara* con *Capi*, bebida en base al tronco de un árbol. La bebida no falta en lo que es el ritual al

consumo del yopo. Es amarga al gusto pero suave en el fondo del paladar. Aspiré a través de esa diminuta gomera con dos bolitas agujereadas en cada una de las terminaciones. Me ardió el centro de la cabeza, quería salir por mis oídos. Se desplazó hasta mis pies. El cuerpo ardía ahora entero. Todos los fuegos el fuego. “Quédate tranquila, no te levantes de la hamaca”. No quise hacerlo, a pesar de las insistentes voces que golpeaban dentro de mi cabeza y que me instaban a desobedecer y salir de la choza. En el trance, visualicé Cronopios de colores, cual caleidoscopios. Quise tomar el libro de Cortázar, quise proseguir la “Continuidad de los parques”, era mi salvación; como el padre que luego de besar los jóvenes y delgados labios masculinos, se abalanza sobre la *Biblia*, su ilusorio instrumento de salvación. No puedo pararme, no logro alcanzarlo.



Poiesis

¿Y dónde está lo blando? o ¿dónde el magma? ¿Cuál es el punto por el que bulle más la sangre? De botas sin cordones o del papagayo remontando el crepúsculo; también del tacto engréido cuando quedó ciego el ojo, de los labios huidizos de algún labial empedernido o bien del libro apolillado que ya nadie lee. Cuando se logra ver el punto preciso donde copulan y aniquilan un protón y su antítesis, es cuando intuyo entonces qué es poesía.

EL TREN FANTASMA

Cada vez que Martín pegaba la oreja del frío carril, decía: Papá, papá, se viene el tren. Pero por aquellos rieles no pasaba ningún tren desde el sesenta y uno. En veloz carrera volvía a colgarse de mis piernas, tembloroso y asustado de que el tren se lo llevara por delante. La oreja que colocaba sobre los rieles llegaba siempre helada a mi rodilla izquierda. Me tocaba entonces frotársela hasta calentar mientras, le explicaba una vez más, que el tren tenía más de cuarenta años sin funcionar. El calor entonces volvía a su oreja y el temblor cesaba.

La vieja estación de trenes la habíamos convertido en parque y foco cultural. Los niños del barrio pasaban muchas tardes allí. De regreso a casa, que nos quedaba a escasas tres cuadras, Martín, en su diminuto tamaño, creaba una gigantesca historia alrededor del tren fantasma. Ese, que él mismo escuchaba cada tarde,

al colocar su oreja sobre uno de los rieles. No quería interrumpir con mis delirios de adulto su fantástica historia. De qué valía la historia de la dictadura y toda su parálisis de trenes en el país, cuando cada tarde Martín se las ideaba para colocar diesel y grasa suficiente a su locomotora fantasma. La única vez que penetré en la avanzada de ese tren, con mi obstinado uso de razón, fue para comentarle que la dictadura había sido un momento en el qué habían desaparecido muchas personas. ¿Cómo? ¿Desaparecieron los trenes? Sí, desaparecieron muchas personas y varios trenes. Con ese dato metió en su tren fantasma a todos los desaparecidos. Todas las tardes los desaparecidos aparecían en nuestro trayecto del parque a la casa; trazados en la palabra de mi chico de seis años.

Esa tarde encontré solo un zapato, además de su suéter naranja; desperdigados sobre las líneas del tren. No sé cómo expresar en cantidad de mililitros los calmantes que desde ese día llevo en las venas. En mi memoria, a media máquina por el Prozac, Martín tiene su oreja otra vez sobre uno de los rieles, yo entretanto compro un pochoclo y le escucho gritar: ¡Papá, papá, se viene el tren! Recibo el cambio y al volver la mirada, Martín ha desaparecido. La locura, encarnada en mí, me arrojó con la oreja sobre los rieles. No escuché venir el tren, sí en cambio irse; lejos, en dirección al sur y con un desaparecido de más entre sus vagones.



EL DUELO

“Por una botella se apuñalan tío y sobrino” titula el diario de oxidado color amarillo como si por la botella se ha derramado la sangre de las dilatadas venas de estos hombres el licor en cambio ha encendido nuevamente la hoguera de un recuerdo que taladra no es acaso el tío aquel que vomitó escarabajos negros en el rostro de sus padres por la tierra de escasas diez hectáreas que han cedido al menor de los hermanos es la botella que derramó m² de tierra en la fraternal tertulia y tema recurrente este que descansa en imperecederas páginas desde Cronos y sus hijos desde Caín y Abel desde Huáscar y Atahualpa recuerda el sobrino como a sus diez años el tío entraba a la habitación de su madre haciéndola gritar, quejido tras quejido por la boca de esa botella se vino un hermano al que el sobrino jamás ha sabido llamar si primo o hermano y si luego de

esto insistes en creer que esos m² enlodados de sangre han sido por la botella que ha trazado ese diario en decadencia es bueno entonces que des una mirada a la historia del director del diario que murió luego de besar los bordes de un licor maldito vertido por su esposa de curioso nombre, Malinche.



EN UNA ALBORADA, UN CACHALOTE

*Y esto es lo que el marinero del navío les contó a Tashtego,
y que él nos repitió.*

Moby Dick

Amaneció varada en la margen derecha del río esa mañana.

Día domingo y el alba de intenso color naranja arropaba al enorme animal de exactos doce metros. Lo habían medido los de Ambiente, se referían a él como un ejemplar de *Physeter macrocephalu*; cachalote de mar rumoraban los pescadores.

Aún respiraba. Abría y cerraba los ojos. Despacio. Sus ojos ovalados parecían espejos de agua, cualquiera diría que miraba a todas las gentes, pues todas se veían reflejadas en la acuosa retina. Qué contrariedad

adónde viniste a parar, a este pueblo olvidado. Había entrado por el Delta, a contracorriente y con poco oxígeno, las horas de este ejemplar estaban contadas. Emitía un sonido agonizante. La gente del pueblo veía asombrada el mamífero perlado. No había trifulca por apreciarlo de cerca, pues su ojo izquierdo podía ser visto con detalle desde la plaza sin dificultad.

Cuentan los pescadores que desde hace un mes el río parecía más turbio y en las redes ningún pez. No faltaron ceremonias y ofrendas. Ya luego cada quien a su dios y velas encendidas a sus difuntos padres también pescadores. El dios me libre y el dios nos salve. Alguna deidad tenía que devolver el alimento que estos mortales no alcanzaban ya con sus redes. A tantos oraron que no se sabe cuál de ellos devolvió los peces en la panza de este mamífero gigante.

Al bestiario de estas personas se les sumaba un nuevo animal. Pero esta vez no era una serpiente jurásica, o una mujer cola de pez cuyos cantos arrastraban a los hombres al fondo del río. Esta vez la especie animal parecía salir de la novela de Herman Melville.

Una pandilla de mineros venidos del sur en plan de huelga, se había apostado en las barandillas que dan al malecón. Miraban con hambre mineral los dientes del animal. Los mineros tenían semanas en huelga frente a uno de los bancos nacionales el gobierno les había

prometido que del cierre de las minas de oro y diamante clandestinos en la frontera, se les iba a resarcir en una suerte de pensión única.

Es imposible devolverla al mar. Se decían unos. Era imposible que llegara hasta acá y ya vemos, aclaraba tajante el arqueólogo de larga y encanada barba, con acento marcadamente lejano quizá del Sur; su nombre, qué cosas, Ismael. Es una especie en extinción, es joven, puede resistir algunas horas más de viaje de vuelta, si no la sacamos lo más pronto los mineros arrancarán los dientes de la ballena para contrabandear. La matarán. Ismael sentía que se le estaba yendo la historia, la ballena comenzaba a azularse. Cerró el libro decepcionado. ¿Morirá? Le preguntó uno de los niños del pueblo. No. Esperemos que no. Ahora vamos, es tarde. Atardecer alucinante el que se da en estas tierras, pensó.

Era de medianoche y la puerta de la habitación casi la tumban. Ismael abrió, era Andrés el niño que le acompañó esa tarde a la posada. Angustiado, sollozando, sucio y descalzo le mostraba desde bajo de su brazo un enorme diente. Los mineros, susurró casi sin aire. Decenas de linternas alumbraban el sitio, había mucha sangre, pero ella respiraba aún. Una luna llena, y revisaban palmo a palmo su kilométrica figura. Su piel era rugosa, algunas callosidades comenzaban a nacer sobre las aletas y lomo, Andrés disfrutaba rozar, subir y bajar los desniveles en la piel del animal. Algo

detuvo y casi hiere dos de sus dedos en el paseo. Allí, justo bajo la aleta izquierda, a ras de suelo, lagrimeaba sangre desde la herida pulsante en cada respiro. Era espesa y estaba algo coagulada, no era reciente, pero aún bullía. Un viejo arpón engavetado bajo el ala del animal. A Ismael no le cabía duda, tomó el libro que traía bajo su camisa y buscó desenfrenadamente la última página. El dibujo de una ballena blanca con un arpón encajado, era la escena expelida del libro lo que frente a sí ahora enclavado en la arena. Hay que sacar el arpón sin halar, sino desgarrará en la salida. Debemos operar. ¿Operar? En cuál quirófano cabría esta cosa. Ismael miró fulminante al hombre, era uno de los guardias de selva que el gobernador había dispuesto para el resguardo del cetáceo. Con la misma diligencia con que esos mineros la desdentaron bajo tu mirada con esa diligencia sacaremos, sin hierirla más, ese arpón. El guardia calló, cómplice antes y cómplice ahora. Ayúdame a traer a los biólogos del hotel y dos veterinarios.

Por qué Ismael hablaba con tanto aplomo, por qué inspiraba temor. ¿Quién era este hombre que parecía exiliado de una película de George Lucas o bien de las páginas del *Génesis*, pero además rodeado de una historia tan redundante y fantástica?

El último lamento de la ballena en ese pueblo se escuchó poco antes del amanecer. El guardia apenas entraba

al hotel en busca de los biólogos, el sonar que parecía surgir de la garganta del monstruo hizo que el pueblo viniese en estampida a las orillas del río. La ballena no estaba en la playa, tampoco el viejo Ismael. Solo un niño iba en dirección contraria a la multitud, con un enorme diente bajo su brazo; satisfechos sus oídos y satisfechos sus ojos.

Curioso Andrés que empezó a leer lo que en el mango del arpón estaba grabado: “Pequod”.

Antiguamente los marineros tallaban en los arpones el nombre de la embarcación. También en un mar lejano habita un fantasma ballenero en la caza eterna del monstruo blanco que había arrancado su pierna. El barco que capitaneaba este hombre era resguardo de miles de arpones con ese nombre que ves encajado bajo su aleta.

En la ciudad donde yo vivía había invierno y nevaba. Las ballenas, la nieve y esto que te cuento era parte de mi cotidianidad; crecí escuchando y leyendo las aventuras del capitán Ahab. En mi ciudad dejó de nevar; los pantalones se acortaron y ahora comemos piña. No solo los tiempos se escurren como en un reloj de Dalí, mi historia se ha escurrido hasta tu pueblo, en el que no es casual que la alta temperatura haya cedido al frío que ya empieza a exigir abrigo de ovejas de las que ustedes no comen ni su carne. Así, la historia

de esos fantasmas, de ese barco, esta amiga y yo, nos escabullimos hasta tu río la mañana de hoy; como se deslizan las nubes, la luna, los icebergs, las ovejas y los ananás.



AGOSTO

Los últimos cinco años de sus treinta y cinco, Julián González los vivía escuchando el portazo que, tras de sí, dejaba su esposa al escurrirse por la puerta cada 7:30 a.m. En cada portazo el hastío, remanente de la pésima noche, la noche pésima, el vete a la mierda, un asunto de mala leche o de leche mala, misma que terminó escupiendo en la pileta esa mañana. Recordó entonces hacer el mercado. Esperó sin embargo unos minutos a que ella tomara ventaja hacia su trabajo, no fuese que se la encontrara de regreso en una de papeles olvidados.

En el pasillo tres de ese hoyo negro que suele ser NINI, el supermercado, resolvía en dos patadas el mercado de una semana. Leche, yerba mate y raviolis. A ver, se decía una tarde de agosto, mirando la cesta: leche

(coma) raviolis (coma) yerba mate. Cuatro paquetes de yerba, tres para casa y uno para la oficina. Oficina en la que desde el año dos mil no había caja chica. Así que el café, el mate y las facturas corrían por cuenta de la solidaridad y bolsillo de los empleados. Julián no perdía la oportunidad, con cada cuarto paquete de mate que echaba en la cesta, de *hijodeputear* a Menem, De La Rúa y Néstor, aunque Néstor estuviese a tres años después de la hecatombe, daba lo mismo.

Julián comía afanoso los raviolis con pollo. Ella jugaba con el tenedor y los trozos de carne, insertándolos en cada ravioli: un pedacito de pollo, un ravioli. Julián engullía el último de los suyos, cuando la miró. Ida y con la mano en otro plato de cualquier otro lugar, menos ese.

—¿Qué sucede, no te gustan?

Ella no atendió.

—Susana ¡psss! Te estoy hablando. ¿No te gustaron los raviolis?

—Sí—reaccionaba, molesta —Cómo no gustarme, si llevo tres días comiendo raviolis con pollo.

—¿No será porque cocino yo? Ya sabes que es lo único que sé cocinar. Además, me gustan.

—He sabido darme cuenta—esta vez con la mirada de iceberg. Helada y pesada.

—Cocina tú, entonces. —sarcástico.

—Julián —suelta el cubierto —Hace cinco años que no sé lo que es la cocina, ya se me olvidó hasta cómo se fríe un huevo. Además, no me gusta.

Quisiste olvidarlo, se dijo a sí y sin dejar de masticar el último bocado. Julián no quiere precipitar algún presagio. Ella se está yendo desde el dos mil. Poco a poco. Lo primero fue irse de la cocina, ya luego de hacer el mercado; después se fue de la cama, la habitación. Sabe que mañana también se irá de los raviolis con pollo, de la mesa y por último de la casa. Con ese paisaje lunar o lo que es lo mismo de una crónica anunciada, a Julián no le quedó más remedio que encuevarse entre las cuatro paredes de una de las oficinas del Correo Argentino en la avenida siete. De la que vivía a tan solo dos cuadras. Fatal el tener que vivir a dos cuadras de tu trabajo cuando no te espera nadie en casa, o casi nadie. Si al menos hubiese de distancia unos cientos de

kilómetros, un colectivo o un tren de por medio en el que tropezarse con unos ojos marrones mirándote del vagón contiguo.

La hecatombe actuó como una úlcera que decoloró hasta las sábanas púrpuras de la cama de Julián y Susana. La crisis de esos años no sólo arrebató los ahorros de los recién casados, también arrancó cual maleza la esperanza. La úlcera penetró en los bancos como en el útero de ella. Entonces no hubo hijos que proteger, ni dinero con qué hacerlo. Trancado el juego como en un dominó o como cuando se llega a tabla en una partida de ajedrez.

Los ojos marrones en un vagón de tren llegaron un día antes de noche buena.

Julián salió de casa diez minutos después del último portazo. Vestido de camisa color mostaza, corbata bien ajustada; llevaba sobre sí una gabardina color negro que Susana le obsequió en navidad, alguna navidad que ya no recuerda. Se subió al tren luego de ocho de la mañana. Se hizo lugar del lado de una ventana, pese al inclemente frío, en un asiento de dos butacas, vacío. Miraba los ocres, verdes, grises y gentes. Les imaginaba

alguna preocupación o alguna dicha, según alguna mueca de la boca; una ceja levantada; o el ceño fruncido. ¿Cuántas puertas por tirar alcanzarían los brazos de esa joven vestida de Adidas? ¿Cuántos cabrían en la maleta de ese anciano? Julián, en el juego de contar portazos y mirar a través de la ventanilla, no percató de cómo llegó a llenarse el vagón en la quinta estación. Cuando alguien ocupó el asiento al lado suyo, pestañeó. Giró sólo quince grados a la derecha su cabeza y mirando por el rabillo del ojo, observó la botas de invierno bien lustradas del que ahora iba a su lado. También calculó la cantidad e intensidad de los portazos en su haber: insignificante, dichoso. Al subir la mirada topó con los ojos marrones que le observaban desde hacía rato desde el otro vagón. No pudo evitar engancharse. Esa mañana iniciaría el ocaso de sus portazos, la esperanza de un nuevo paladar para sus raviolis, probablemente volvería a votar por Néstor y compraría unas nuevas sábanas esta vez de color naranja.

Ese día, ni los siguientes, Susana no volvería a casa.



LOS POETAS DE OJOS GRANDES

Me gustan los poetas de ojos grandes. Ellos, a los que nadie quiere porque falta ingenio en las editoriales y sobran celos en los festivales de poesía. Me gustan los poetas de ojos grandes porque no saben de edulcorantes. Esos Rimbaud me gustan, porque solos frente a la página la palabra que les fascina desafía reinventa recrea y nada demuestra. Los poetas de ojos grandes escriben, saben pero no les importa que en algún lugar un cónclave discrimine.

Me gustan estas Pizarnik porque putean, porque se van a Oslo vuelven al Orinoco y el papel aguarda, ansía. Me gustan los poetas de ojos grandes y bolsas en vez de párpados, ellos desesperan aunque no cuentan horas. Los poetas de ojos grandes no comprometen la letra a casas rosadas, blancas o amarillas. Los poetas de ojos

grandes saben andar en las ciudades olvidadas por políticos y la misericordia. Me gustan los poetas de ojos grandes porque leen en horas de oficina; les enfada el rojo, el naranja y el azul. El poeta de ojos grandes a las 10 am, renuncia.



ÍNDICE

- 5. Prólogo
- 17. I
- 18. La espera del manto
- 22. II
- 23. De cómo se alimenta un galgo español en el S. XV
- 25. III
- 27. El recreo
- 31. IV
- 32. Mantis Religiosa
- 37. V
- 38. Lapsus
- 42. VI
- 43. La búsqueda del cuerpo de Patricia Sander
- 46. VII
- 47. El difunto narrador
- 49. Idéa
- 51. YO-PO
- 54. Poiesis
- 55. El tren fantasma
- 58. El duelo
- 61. En una alborada, un cachalote
- 68. Agosto
- 74. Los poetas de ojos grandes



Mercis Martínez (Venezuela, 1978).

Narradora y poeta. Ha colaborado como escritora en revistas literarias de Argentina, EE.UU. y Venezuela. Sus textos y entrevistas a escritores han sido publicados en plataformas digitales como la revista “Lunes” de La Vaca Mariposa Editores (Argentina); la revista de creación literaria “Enclave” de City University of New York (CUNY, EE.UU.) y la gaceta “Experiencia de la libertad” (México). En Venezuela colaboró en las páginas literarias “Ojo de Buho” de la poeta venezolana Teresa Coraspe y “Arte Literal” del escritor Carlos Yusti. Fue CEO y Editora de la revista digital Contraabecedario. Se ha desempeñado en la gestión cultural de su país. Actualmente es editora en medios digitales.



Este libro se terminó de editar en
febrero de 2020
en algún lugar del mundo.

Fuente usada Baskerville.



www.nueveeditores.com

Artes literarias
Editorial de autor
Publicación y edición

Poesis

Y OTROS RELATOS



MERCIS MARTÍNEZ

FOTOGRAFÍAS DE GUSTAVO GONZÁLEZ

